bardes sin corazon y sin patriotismo, si rehusando salvar á M. de Lavalette, le hubiésemos abandonado á una muerte cierta.

»Sus amigos hubieran unido sus reconvenciones á las de nuestros enemigos; y degradados entonces por el justo menosprecio de las gentes, devorados por nuestra propia vergüenza, y mereciendo la muerte (de que luego estuvimos amenazados), hubiéramos arrastrado una existencia odiosa y deshonrada.

»Señores, yo me abandono con confianza á los sentimientos generosos de un jurado francés. Si en vuestro ánimo y en vuestra conciencia creeis que hemos ofendido las leyes de vuestro país, y que debemos una reparacion, tendremos siempre el consuelo de pensar que no hemos ofendido las leyes de la naturaleza, y que hemos satisfecho á los deberes de la humanidad.»

Miguel Bruce pronunció á su vez el siguiente discurso:

«Comparezco ante este tribunal acusado de haber contribuido á la evasion de M. de Lavalette. Si es un crímen haber salvado la vida á un hombre, confieso que soy culpable.

»No quiero, señores, envanecerme por lo que he podido hacer. Se hizo un llamamiento á mi humanidad, y mi honor me imponia la obligacion de responder á él.

»Si la acusacion se hubiese limitado al asunto de M. de Lavalette, pocas palabras tendria que deciros; pero señores, he sido acusado de haber conspirado contra el sistema político de Europa, de haber incitado á las gentes á armarse contra la autoridad del rey. Cierto es que este cargo absurdo, ridículo, desnudo de todo fundamento, y que ha escitado tanto asombro como indignacion en Europa, ha sido rechazado por la cámara de acusacion. Pero aunque se haya descartado esa acusacion, los motivos en que estaba basada subsisten todavía. El ministerio público los ha reproducido en el preámbulo del acta de acusacion. Allí se dice que estoy imbuido en doctrinas anti-sociales, que soy enemigo por principio de toda idea de órden y de buen gobierno, enemigo por principlo de los reyes, de la justicia y de la humanidad, y amigo de los facciosos de todos los paises. Convéngase en que son graves semejantes acusaciones, pero la corta esplicacion que voy á dar de mis principios será una victoriosa respuesta á esas alegaciones calumniosas.

»No entraré en abstracciones sobre el derecho de gentes, ni en digresiones sobre la política. Me ceñiré á manifestar los principios que han dirigido siempre mis acciones políticas.

»He nacido inglés; amo con entusiasmo la constitucion de mi patria, es decir, esa constitucion tal como fue establecida por nuestra gloriosa revolucion de 1688. Entonces fue cuando se formó ese bello sistema de gobierno que escita tan universal admiracion, que sirve de modelo á las demás naciones, que nos hace apellidar, por escelencia, la tierra clásica de la libertad; que nos ha granjeado los elogios del sabio, del filósofo Montesquieu, que no es patrimonio de Francia solamente, sino del mundo entero, y el cual dice de nosotros que los ingleses son el único pueblo del mundo que sabe usar de su religion, de sus leyes y de su comercio. Desde esa revolucion de 1688 data la prosperidad, la grandeza y la libertad de Inglaterra.

»Debo decir que si estos principios, que son los mios y que son los de la constitucion de mi patria, son subversivos de toda idea de órden y de buen gobierno, y me hacen enemigo de los reyes, de la justicia y de la humanidad, soy el mas culpable de los hombres, y mi acusador ha tenido razon. Mas, si por el contrario, estos principios son los que nos han proporcionado nuestras leyes protectoras, los que garantizan nuestras personas, nuestras propiedades y nuestra religion, los que han hecho de un pueblo poco favorecido de la naturaleza, la nacion mas feliz, la mejor gobernada, y la mas floreciente de Europa, tengo derecho para deducir que la acusacion no ha sido mas que una irritante calumnia.

»Respecto al asunto de M. de Lavalette, la política no ha entrado en él para nada. A mí no me ha movido sino un sentimiento de humanidad. Habeiss visto en mi interrogatorio que yo apenas le conocia; verdad es que la bondad de su carácter, la amabilidad de su espíritu y la dulzura de sus maneras me habian inspirado mas interés que el que se siente en general por un hombre á quien se ha visto tan pocas veces. Yo no he estado jamás en su casa, ni él en la mia. No he tenido siquiera el honor de ver á su esposa, y no he tenido comunicacion alguna directa ni indirecta con él desde el momento de su arresto. Se os ha demostrado tambien que no existe complicidad alguna entre nosotros y los demás procesados. He respetado los hierros y las puertas de una cárcel pública. No he ido como don Quijote en busca de aventuras. Un hombre desgraciado, sobre quien pesa el rigor de las leyes, pide mi proteccion; muestra confianza en mi carácter; pone su vida en mis manos; reclama mi humanidad, ¿qué se habria dicho de mí si hubiera ido á denunciarle á la policía? ¿No hubiese merecido entonces la muerte de que despues he estado amenazado? ¿Qué digo? ¿Qué se hubiera pensado de mí si hubiera rehusado protegerle? Se me habria mirado como un cobarde, como un hombre sin principios, sin honor, sin valor, sin generosidad; hubiera merecido el desprecio de la gente de bien.

»Pero señores, habia otras consideraciones para decidirme, habia algo de novelesco en la historia de M. de Lavalette; su milagrosa evasion de la cárcel; la cruel incertidumbre entre la vida y la muerte, en que permaneció tanto tiempo; la noble decision de su esposa hirieron mi imaginacion y escitaron en mi corazon un interés tan vivo que no pude resistir su impulso. Además, como ha dicho vuestro Lafontaine con su peculiar sencillez, *en este mundo conviene socorrerse uno á otro; el ayudarse mútuamente es ley de la naturaleza.*

»Señores, soy jóven todavía, pero he tenido la ventaja de viajar mucho. He visto muchos paises, y he examinado con toda la atencion de que soy capaz las costumbres de los pueblos. He observado siempre

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación